

NICHOLAS BINGE

# ASCENSIÓN



minotauro

# ASCENSIÓN

Nicholas Binge

minotauro

*Ascensión*

Publicado originalmente con el título *Ascension*  
Copyright © 2023 by Nick Binge

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Benavent, 2023  
Diseño de cubierta de Ellie Game: © HarperCollins *Publishers* Ltd 2023  
Imágenes de cubierta © Jarmo Piironen/Arcangel Images (montaña, fondo);  
Getty Images (mar)

ISBN: 978-84-450-1240-6  
Depósito legal: B. 2366-2023  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

*Martes, 22 de enero de 1991*

*Atardecer*

[———]<sup>1</sup>

Querida Harriet:

«Perdóname, padre, porque he pecado».

¿Recuerdas esas palabras, Hattie? No creo que Ben te las enseñara. Jamás fue un hombre de fe. Pero cuando el abuelo nos llevaba a la iglesia los domingos, durante nuestra infancia, señalaba el pequeño cajón en una esquina.

—Ahí es donde uno va a confesarse —decía—. Ahí es donde uno encuentra la salvación.

Hablar con el cura jamás fue sencillo. La salvación no es algo fácil de entender para un niño. No creo que ninguno de nosotros naciera como pecador. Todavía tenemos que descubrir qué es realmente un «pecado». Recuerdo que me sentaba en la oscuridad de esa pequeña habitación mientras buscaba algún pecado en mi corazón.

—He sido malo con mi hermana en el cole —decía—. Le he robado dinero a mamá de la cartera.

Nada de esto sucedió, por supuesto, jamás rompí las reglas, pero sabía lo suficiente para memorizar lo que tenía que decir. Y aunque no le veía el rostro para asegurarme de que lo estaba haciendo bien, me pedía que rezara mis padrenuestros y ave-

1. Nota del editor: La mayoría de las cartas de Harold cuentan con una fecha y ubicación. Sin embargo, debido a una disputa legal en curso, algunos de los lugares se han censurado en esta edición.

marías antes de despacharme. Y papá sonreía. Creo que es posible que solo lo hiciera por eso; por esa pequeña sonrisa de aprobación que aparecía en su rostro.

A medida que crecimos, se volvió más complicado. La pubertad me volvió raro, introspectivo hasta un punto que resultaba vomitivo. Las mentirijillas blancas ya no me nacían con tanta facilidad. Los verdaderos pecados borboteaban bajo la superficie, nebulosos e ininteligibles, y no sabía qué hacer con ellos.

Ben dejó de asistir, pero yo no.

Un día, me senté en aquel cubículo y no dije nada. Mi lugar en el mundo había comenzado a pasarme factura y no sabía cómo soportarlo. No tenía palabras para romper el sagrado silencio de esa sala hasta que el padre Michaels —¿llegaste a conocerlo? Era el pelirrojo— me dijo:

—Sabes, hijo. No puedo obligarte a hablar. Has venido aquí cada semana desde que eras un niño, y no creo que jamás hayas dicho una cosa que fuera cierta.

—Yo... —Me quedé en blanco—. Lo siento.

—No te disculpes. Todo el mundo tiene su propia relación con Dios. El confesionario está aquí para ayudarte, como yo, pero solo soy un traductor.

—¿Un traductor para Dios?

Se rio.

—No, mi querido niño. Ninguno de nosotros puede hacer eso. Un traductor para ti. A veces, un hombre necesita ayuda para darles voz a sus pensamientos, para otorgarles un significado a sus palabras, y así confiarle ese significado a Dios. Creo que es posible que tu problema sea lo contrario.

Me removí incómodo en el asiento.

—Si me permites darte un consejo, te recomiendo que escribas un diario —dijo—. Anota tus pensamientos. No para mí. Ni para nadie más que no seas tú. Redacta los eventos que te suceden en un día de la forma más simple.

—¿Por qué?

—A veces, el alma no necesita dar significado a palabras vacías como plegarias y confesiones en las que realmente no

crees. En su lugar, debemos permitirle poder expresar con palabras esos pensamientos que guardamos en nuestro interior. Para conseguirlo, debes darle voz. No es una tarea sencilla, hijo. No al principio. No es una labor evidente, pero... anótalo todo. No taches nada. No mientas ni expliques ni tergiveres la realidad. No tienes que ocultarle nada a nadie más que a ti mismo.

Hice lo que me dijo. Creo que jamás te lo he contado. Nunca me pareció apropiado: durante nuestros viajes, mi fe siempre ha sido algo muy personal, del mismo modo que el práctico ateísmo de tu padre lo ha sido para él. A lo largo de los años, mi diario se convirtió en una forma de comunicarme, de hablarle a otro. El padre Michaels fue quien me mostró que no era necesario que lo hiciera de rodillas o en una iglesia.

Páginas y páginas de tinta manaban de mí como la sangre de miles de cortes. La necesidad de confesar no me abandonó jamás: el poder curativo y liberador que te otorga abrirte al mundo y a los demás. Me obsesioné con ello. Pero la verdad es que, en aquel entonces, se volvió demasiado. Con todo lo ocurrido con Santi y el hospital, sentí que debía alejarme, desengancharme y rehabilitarme. Acercarme demasiado me habría vuelto loco.

Y, aun así, por primera vez en mucho tiempo, están ocurriendo cosas que no comprendo. Siento que debo comunicárselo a otra persona aunque solo sea para que cobren sentido para mí. Al fin y al cabo, ese es mi propósito, ¿no, Hattie? Darles sentido a las cosas.

Pero ahora no puedo volver a escribir en mi diario, no de la misma forma. Las palabras son falsas. Resuenan con frialdad.

Te escribo esta carta con la esperanza de que seas mi traductora, más o menos. Siento cargarte con esto, pero eres la única que me queda. Ahora tendrás catorce años, ¿no? Era tu decimocuarto cumpleaños cuando te llevé a hacer *paddle surf*, ¿verdad? Entonces ya eres bastante mayor para comprender lo que significa confesarse. Aunque, en realidad, una parte de mí espera que Ben esconda esto de ti o lo queme. De hecho, creo

que es posible que lo queme. Pero no se me ocurre nadie más, nadie a quien no haya alejado ya de mí.

Ya no creo que Dios me escuche.

Hoy he visto morir a un viejo amigo. Quería quitármelo de encima para evitar la conmoción. No pretendo asustarte, pero estoy aquí sentado mientras observo los vídeos de las cámaras y busco con desesperación una explicación. No sé si se me permite escribir esto; ni siquiera sé cómo te haré llegar esta carta. Solo necesitaba compartirlo con alguien, con quien fuera.

Ayer llegué a Nuevo México por trabajo. Mi propio trabajo, no un encargo, sino una investigación personal alentada por informes extraños y contradictorios sobre migraciones de pájaros que volvían a la región. Era como si, de repente, todas las golondrinas que normalmente habrían migrado al sur durante el invierno hubieran regresado antes de tiempo.

Como si huyeran de algo.

Puede que sea una pista rara que seguir, pero sabes que me gusta viajar. Vivir solo en mi polvoriento piso de Londres es agobiante y agotador. Es como si sintiera que se me atrofia el cerebro. Y gané lo suficiente con el lanzamiento del Hubble, el telescopio espacial del que te hablé, para hacer lo que me interesa durante un tiempo.

Me he registrado en la pensión Historic Taos, un pintoresco lugar construido frente a varias casas de adobe, y he dado las gracias de que sea enero. Había estado en Nuevo México una vez, antes de verano —¿recuerdas aquella horrible conferencia de física?—, y comencé a sudar en cuanto salí del avión. El invierno es más fresco y, a pesar del paisaje desértico y desolado, los fríos vientos me recuerdan un poco a Londres.

Mientras me guiaban a mi habitación, sonreí ante los orgullosos que se sentían los dueños de la historia de la posada. Las paredes estaban cubiertas de viejas fotografías y carteles; recordatorios constantes y estrepitosos de que ese lugar tenía más de cien años.

—El edificio principal data del siglo XIX —me contó el botones mientras sacaba pecho—. Tiene mucha historia.

Me dejó justo en la entrada de mi dormitorio, con la llave en la mano y el pesado equipaje en la puerta, y me deseó que pasara una buena noche. Durante un rato, permanecí allí de pie mientras le sonreía, y él a mí. Debí de parecer un estúpido, deslumbrándolo con mi sonrisa. Me llevó unos diez segundos recordar que en este país se daba propina. Rebusqué en los bolsillos y balbuceé una pobre mezcla entre una disculpa y una excusa sobre lo distintas que eran nuestras culturas. Conseguí sacar un billete de diez dólares y el botones desapareció enseguida.

Cuando por fin me concedieron algo de soledad, solté un suspiro y abrí la puerta del dormitorio.

No estaba vacío.

Dos hombres me esperaban. El primero estaba justo frente a mí: era un hombre imponente, estirado y de aspecto militar, alto y ancho, con los hombros ligeramente apretujados en la chaqueta del traje. De pie, se cernía sobre mí, y la barba entrecana en su rostro oscuro dejaba ver las cicatrices ocultas. Su piel morena y curtida hablaba de una vida con demasiadas experiencias exóticas.

Tardé un momento en percatarme del segundo hombre que estaba tras él, sentado al escritorio. Era pálido, con el rostro grisáceo y el pelo desteñido como en una vieja fotografía. La sombra de las cortinas se posaba sobre su traje marrón de poliéster y casi se camuflaba con la silla de madera oscura. Frente a él había un maletín cerrado.

—Señor Tunmore —dijo el primero—. Le estábamos esperando.

—Ya lo veo —contesté, y me escurrí junto a él para entrar en la habitación—. De otro modo, esto sería una asombrosa coincidencia.

—¡Ja! —Dejó salir un gruñido profundo a modo de risa—. La gente suele sorprenderse un poco más. ¿Sabe lo que ocurrió la última vez que esperamos en la habitación del hotel a alguien? El tipo se desmayó, de verdad, como si de una película se tratara.

Arrastré los pies hacia delante y me senté de forma incómoda en la cama.

—Supongo que siempre estoy medio a la espera de que algún representante corporativo o militar aparezca de manera inesperada. ¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros?

—Oh. —Su rostro se iluminó como si se acabara de dar cuenta de algo—. Por favor, permítame coger su equipaje. Usted relájese. ¿Desea una taza de té? Es lo que hacen los ingleses, ¿no?

Fruncí el ceño e intenté conciliar el aspecto obstinado de aquel hombre con su naturaleza alegre.

—Odio ser quien refuerza los estereotipos, pero sí. Mataría por una taza.

El hombre más grande se rio y encendió la tetera eléctrica. Fui a por la maleta y me fijé en que ya había agua en la tetera. Llevaban un rato dentro.

Me giré hacia el hombre que estaba en la silla.

—Estoy en desventaja. Parecen saber mi nombre.

Él me devolvió la sonrisa en silencio.

—Los nombres carecen de importancia ahora mismo —respondió el primer tipo mientras alzaba mi bolsa como si estuviera llena de plumas—. Llámeme el Guardián. Todos me llaman así.

—Muy bien. Supongo que debería preguntar por qué están aquí.

El Guardián cogió una bolsita de té y la dejó caer en la taza antes de verter el agua.

El hombre del escritorio alcanzó el maletín para abrirlo y vi cómo esos dedos largos y delgados, como las patas de una araña, ponían la combinación con destreza. Sacó unos cuantos papeles, que golpeó despacio en la mesa para alinearlos antes de colocarlos frente a él.

—Hemos venido a buscarle —añadió el Guardián, que se cernió sobre mí mientras me tendía el té— porque, al parecer, tiene olfato para este tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

El Guardián frunció el ceño, un poco confuso, y miró a su colega. El hombre del escritorio se limitó a sonreír.

—Es físico, ¿verdad? —dijo—. Así que... física.

Me reí y me recliné un poco en la cama. Hay algo en los americanos que emplean el sarcasmo que siempre me relaja.

—La física es un campo muy amplio. Abarca la mayor parte del universo conocido. ¿Podría ser más específico?

—Me gustaría contárselo, pero el problema es que... —añadió el Guardián, que se detuvo y frunció el ceño—. Bueno, es complicado.

—Ah —dije—. ¿Máximo secreto?

—¿Sabe lo que es gracioso de esa frase, la de máximo secreto? Que, en realidad, no es máximo. —El Guardián avanzó y su cuerpo bloqueó la luz—. Es un mito popular. «Máximo secreto» es un mero término que se emplea para convencer a quienes tienen acceso a estos secretos de que no hay nada más allá, para evitar que pregunten qué más ocurre.

No contesté.

—Verá, hay todo tipo de acreditaciones más altas que «Máximo secreto». Está el Acceso T y luego el Q. Joder, seguro que hay acreditaciones cuya existencia desconozco. Y créame, sé mucho. Pero si de verdad deseáramos contarle algo, cualquier cosa, ¿sabe lo que tendría que hacer?

Negué con la cabeza y tomé un trago de té.

—Tal vez. ¿Debería matarme?

—Tendría que salir de la habitación —dijo, y señaló la puerta— y llamar a mi superior para preguntarle si le han solicitado algún tipo de acreditación, que no es así. Como es evidente, no le permitirían entrar conmigo, pues entonces conocería el tipo de acreditación, y hasta eso sería demasiado. Y si le confirmaran la entrada, que no lo harán, yo debería volver aquí y hacerle abandonar la habitación para que llamara a su superior y así asegurarnos de que tengo el permiso necesario para incluso mantener esta conversación.

—¿Lo tiene?

Sonrió.

—No puedo decirle eso. No tiene permiso.

Tomé otro trago del té.

—Entonces, si no pueden contarme nada, ¿por qué estamos aquí?

—Hay un hombre —dijo, y miró a su colega—. Bueno, hay un... —Arrugó el ceño—. Llamémoslo... fenómeno. La organización que represento querría que le echara un vistazo. Por supuesto, no puedo revelarles de qué se trata.

—Ya estoy comprometido con el trabajo, en parte. Al menos, ¿podría indicarme dónde se encuentra?

El Guardián negó con la cabeza y extendió las manos a modo de disculpa.

Suspiré.

—Entonces, tienen un fenómeno del que no pueden hablar, en un lugar que no me pueden decir y trabajan para unas personas cuyos nombres no puedo saber. Es tarde y estoy cansado, ¿qué les hace pensar que aceptaré?

Sonrió.

—Un pajarito más interesante que el que persigue me dijo que no podría resistirse.

Fruncí el ceño y pensé en la investigación que me había traído hasta aquí. ¿Sabía algo de eso? No se lo había contado a nadie.

—Bueno... —El Guardián se encogió de hombros—. Puedo decirle cuánto le pagarán, pero me dijeron que no le importaría. Cuanto mayor sea el misterio, más intrigado estará, me aseguraron.

Volví a suspirar.

La verdad es que estaba cansado. Tenía hambre. Solo quería pedirles que se fueran, que no estaba interesado y que buscaran a otra persona.

Pero, maldición, Hattie, el tipo tenía razón. No sé con quién habló, pero sentí un escalofrío de emoción recorrerme la espalda ante el secretismo, la extraña visita y las pistas que me llevarían a mayores respuestas.

Era un misterio.

Menos de treinta minutos después, estábamos en una furgoneta con mis cosas guardadas en el maletero. Las ventanas estaban

tintadas y las cortinas corridas. A pesar del cambio repentino, estaba extremadamente cansado. Dormí, no sé cuánto, y cuando desperté y miré por la cortina, habíamos llegado a un edificio en mitad del desierto.

El sol de la mañana asomaba por el horizonte. A nuestro alrededor se extendía la nada, fría y llana. El polvo caliente que levantaba la furgoneta parecía acomodarse en el aire, casi como la nieve, en una neblina que se extendía en todas direcciones.

El edificio era completamente anodino, tan fuera de lugar que, al principio, pensé que era un espejismo o un engaño provocado por la luz. Era como un monolito gris con forma de bloque que brotaba de la arena. No había una sola señal ni identificación, e incluso las ventanas estaban tan borrosas que apenas las distinguía de las paredes. Daba la sensación de que, en cualquier momento, el desierto se lo tragaría y no habría forma de demostrar que alguna vez estuvo ahí.

La furgoneta rodó por el exterior y aparcó junto a un par de coches negros que estaban colocados contra la pared del edificio. Me froté los ojos, llorosos por el resplandor del desierto, y entonces sentí que el conductor me daba un empujón por la espalda. Salí del vehículo, me alcé la camiseta para cubrirme la boca y así impedir que el polvo me entrara en la garganta. Sin añadir nada más, el Guardián me llevó dentro.

Tras la puerta, los grises se tornaban de un blanco nuclear. El aroma a limón de los productos de limpieza había eliminado el olor a polvo del desierto. Las paredes estaban desnudas, el pasillo, vacío a excepción de varias puertas cerradas. El único sonido que interrumpía el silencio era el de nuestros pasos, que retumbaban. El conductor permaneció fuera de la furgoneta y cerró la puerta a nuestra espalda.

A medio camino por el pasillo, el Guardián abrió una puerta y me invitó a pasar. Había una oficina de vigilancia con varias sillas y una larga mesa sobre la que había cuatro monitores. Cada uno mostraba las grabaciones de una cámara distinta, pero las cuatro apuntaban a lo mismo: una sala de interrogatorios con las paredes vacías en la que había un hombre, de pelo

negro y vestido con ropa gris, sentado a una mesa de metal mientras tamborileaba los dedos en ella. Los golpecitos resonaban por los altavoces y se colaban en el aire estéril de la oficina.

*Dum-dum-dum-dum. Dum-dum-dum-dum.*

Su rostro era indescifrable. Estaba a medio camino entre la indiferencia y la serenidad. Tenía los ojos vidriosos y la mirada perdida, como si no viera nada, como si estuviera mirando un paisaje más allá de las frías paredes blancas de la celda. No estaba esposado.

—¿Quién es? —pregunté.

—John McAllister.

Parpadeé. Conocía el nombre. Volví a mirarlo y junté los fragmentos en mi cabeza hasta que lo vi. Hacía cinco años que había trabajado con John, un epidemiólogo de las afueras de Nueva York. Había liderado a un equipo para contener un brote de viruela en Birmingham —creo que te hablé de esto, ¿verdad, Hattie?—. Fue cuando me llevaron como físico consultor para estudiar el impacto de las turbulencias provocadas por el viento en patógenos transportados por el aire. Los recuerdos me venían como destellos: John frente a una pizarra, escribiendo; John sonriendo, bromeando sobre la pradera marina; John invitándome a café. Fuimos cercanos en otra época —me impresionaron su diligencia y agudo sentido de la empatía—, pero había pasado mucho tiempo.

—¿Qué hace aquí?

El Guardián negó con la cabeza.

—Permiso, señor Tunmore. Permiso. Digamos que estaba trabajando en algo para nosotros y... las cosas se torcieron. Ahora mismo estamos un poco perdidos con cómo proseguir desde aquí.

—¿Por qué lo tienen encerrado?

—No lo está —respondió el Guardián—. Bueno, tiene total libertad para abandonar la sala, al menos. Pero no lo quiere hacer.

—¿A qué se refiere con que no quiere?

—Lleva aquí cuatro días. No se ha movido ni un centímetro, a excepción de para comer y beber lo que le traemos, y

para ir al baño, pero después regresa donde está sentado —negó con la cabeza—. Seré franco. No me gusta tener que involucrar a un civil en esto, pero me llegó por recomendación. Se supone que es bueno con estas cosas. Y estoy preocupado. Está lo raro y lo muy raro. Llegados a este punto, estoy dispuesto a probar lo que sea con tal de descubrir qué ocurre aquí. Lleva mucho tiempo lejos de la zona y los de arriba se están poniendo nerviosos.

*Dum-dum-dum-dum. Dum-dum-dum-dum.*

—¿De dónde viene?

—No tiene permiso para que le responda a eso.

—¿Quién me ha recomendado?

Hizo como si se sellara los labios.

—No tiene acreditación.

Suspiré.

—¿Para qué tengo permiso?

—Para hablar con él. Y para ver la prueba. Entonces, nos contará a qué conclusiones ha llegado.

Permanecí de pie sin dejar de mirarlo. Estaba a punto de decirle que necesitaba algo más que confusión y misterio si quería mi ayuda.

John dejó de tamborilear.

Era como un metrónomo en una habitación silenciosa; sin él, solo quedaba el ligero zumbido de los sistemas electrónicos y la severa mirada del Guardián.

Ambos miramos al monitor. John había vuelto la cabeza, despacio y de forma deliberada, hasta quedar frente a una de las cámaras. Aunque estaba en una sala cerrada, parecía que sus ojos nos observaban directamente.

—Puedes volver a realizar la prueba, Steve —dijo John. Me estremecí ante el sonido de su voz. Era muy fría y plana, como si proviniera de otro cuerpo—. Estoy seguro de que Harry no quiere que lo hagan esperar.

Escuchar mi nombre me provocó un escalofrío que me recorrió el espinazo.

—¿Le ha dicho que venía? —susurré.

—No. —El Guardián me concedió una sonrisa tensa—. No le hemos contado nada. Él solo... bueno, hace eso.

John volvió la cabeza con suavidad, como una muñeca mecanizada, y de nuevo clavó la mirada en la pared que había justo frente a él. Sus dedos comenzaron a tamborilear de nuevo sobre la mesa a un ritmo constante.

—Ha pasado mucho tiempo —dije. Me senté frente a John, que no me miraba. Tenía la vista fija en mí, pero miraba más allá. Como a través de mí. Tanteé una baraja de cartas que el Guardián me había dado, pero no me había dicho para qué servía.

—¿Puedes decirme por qué estamos aquí?

Inclinó la cabeza un poco hacia la derecha.

—Es una gran pregunta, ¿verdad, Harry? ¿Por qué estás aquí? Vas de trabajo en trabajo. De país en país. Demasiado asustado para echar raíces. ¿Te dices a ti mismo que eso tiene un significado?

—Hace cinco años que no te veo —añadí, y un escalofrío me recorrió los brazos—. Y hablas de mi vida como si la hubieras estudiado. ¿Qué pasa aquí, John?

—He visto la verdad —respondió. Su rostro sonrió, pero no se le reflejó en la mirada—. Resulta que la verdad no es lo que parece.

Su voz estaba vacía de toda emoción, como un hombre que lee un guion por primera vez y no comprende la entonación de las líneas.

Este no era el John que yo había conocido. Sus facciones eran las mismas: la estructura del rostro, el pelo y la forma del cuerpo, y, aunque había envejecido, por separado sí que parecían pertenecer al hombre con el que había trabajado hacía unos años. Si me hubieran enseñado una foto, no me habría percatado de que ocurría algo raro. Pero, ahora que estaba frente a mí, veía que había algo que no encajaba. Era como si le hubieran arrebatado cada parte de él poco a poco y las hubieran sustituido para crear un simulacro exacto de John McAllister. Sin embargo, en conjunto, la esencia del hombre había desaparecido.

Se inclinó hacia delante.

—Saca las cartas.

Parpadeé, sorprendido por el tono monótono de la petición. Hice lo que me pidió y abrí el paquete para sacarlas. John no dejó de tamborilear con los dedos.

*Dum-dum-dum-dum.*

—Barájalas.

Obedecí y lo hice bajo la mesa.

—¿Qué es esto? —pregunté—. ¿Un truco de magia?

Inclinó la cabeza ligeramente hacia la izquierda.

—Dímelo tú. El tres de picas.

—¿Disculpa?

—Nueve de corazones. Sota de picas. Cuatro de tréboles.

Bajé la mirada a las cartas y me fijé en la que estaba bocarriba, lejos de John: el tres de picas. Mientras hablaba, le di la vuelta a una carta tras otra: el nueve, la sota y el cuatro. Él siguió recitándolas con exactitud. El vacío en su voz retumbaba en la habitación mientras pasaba carta tras carta y sus ojos distantes miraban más allá. Con cada predicción, sentía cómo la tensión se acumulaba en la sala. La claustrofobia comenzó a apoderarse de mí.

—Para.

Se quedó en silencio.

—No sé por qué haces esto. —Me incliné—. Estoy impresionado, de verdad. Muy intrigado, y me encantaría saber cómo lo haces, pero... —Miré a la cámara—. No sé por qué estoy aquí, pero algo no va bien. Lo veo. Quiero ayudarte.

Se rio y mi cuerpo entero se estremeció.

Hattie, ¿recuerdas el viejo parque de atracciones al que te llevé? Creo que tendrías unos diez años. ¿Y te acuerdas de ese conejo mecánico que se reía cuando le sacudías las orejas? Tenías mucho miedo porque, como me dijiste, no era «una risa divertida». Así era como sonaba John. Vacío.

—No te engañes, Harry. Nadie puede ayudarme ya. —Se inclinó por encima de la mesa hacia mí, lo bastante cerca para que lo oyera susurrar—. Pero me alegro de que estés aquí. Sa-

bía que lo harías. Te he estado esperando. Hasta este momento. No sabía por qué serías tú, pero ahora sí. Lo he visto a través de un espejo velado.

Agucé el oído ante el verso de la Biblia, como si intentara mandarme un mensaje codificado. Bajé la voz para igualar su tono.

—¿Qué ocurre, John? ¿Qué has visto?

—Todo, Harry. Todo está preparado. Escúchame: en un minuto, dos guardias entrarán porque te estoy susurrando demasiado bajo para que lo escuchen a través de las cámaras. Uno de ellos irá armado. Después de lo que te voy a contar, les advertirás con un grito, pero no ayudará. Solo los confundirá y asustará a uno de ellos, que sacará el arma. Durante la pelea que seguiré, yo le quitaré la pistola y me dispararé en la cabeza.

—¿Qué?

Me tomó la mano.

—¿Por qué Sísifo no deja de empujar la roca colina arriba, Harry, si sabe que volverá a caer? ¿Por qué insiste en empujar?

La puerta se abrió de golpe.

He reproducido el momento una y otra vez en mi cabeza mientras me hacía cientos de preguntas. ¿Le habría avisado si no me lo hubiera revelado? ¿John seguiría vivo? Por el momento, no tengo ninguna respuesta salvo las imágenes que no dejan de repetirse: el guarda tropezando, sorprendido por mi grito; John cogiendo el arma; la salpicadura de sangre en una de las paredes blancas e impolutas.

Te ahorraré los detalles. De todas formas, no estoy seguro de poder describírtelos. Estoy bien, al menos físicamente. Sé lo mucho que te preocupas. Pero estoy sentado en una oficina, rodeado de monitores, mientras reviso una y otra vez los sucesos del último día.

Veo a John sentado, prácticamente inmóvil. Observo cómo le gritan, cómo tratan de persuadirlo y cómo lo interrogan. La mayor parte del sonido se ha censurado; es información a la que no se me permite acceder.

Su rostro permanece inmutable durante sus últimos minutos. Su postura no cambia en ningún momento y no deja de tamborilear los dedos en la mesa. Es como si hubiera perdido la consciencia; es una marioneta, un autómatas que recita las frases que le han programado.

Esperan que les dé algún tipo de explicación, pero no la tengo. Puedo proporcionarles suposiciones, pequeñas ideas que tengo en mente, pero cada vez que aparece una, las imágenes del estallido de su cabeza por toda la habitación la opacan.

¿Cómo sabía lo de las cartas? ¿Y lo de la pistola? ¿Por qué mencionó a Sísifo? Esas últimas palabras no eran meras palabras, Hattie. Sé que las había recitado para mí. Y cuanto más pienso en ellas, más pienso en Santi. No quiero; no puedo evitarlo. Escuché las palabras de John y regresé a ese hospital, donde grité a las enfermeras. Regresé al confesionario, donde grité ante mi propia impotencia.

Madre mía, aún tengo sangre en las manos mientras escribo esto. Ni siquiera me han dado el tiempo ni el espacio necesarios para que me asee. Cada vez que cierro los ojos, me retumba en la mente el tamborileo de sus dedos.